

UNO DE LOS PRIMEROS CRONISTAS DEL RIO DE LA PLATA

FRANCISCO DE VILLALTA

Verano de 1535. En el puerto de Sanlúcar de Barrameda, provincia de Cádiz, trece naos, los velámenes plegados, dormitan bajo un sol que se desploma pesadamente sobre el Guadalquivir y sus riberas. Las aguas del río, lentas a su llegada al océano, llevan las nostalgias de Andalucía. Las naos también se aprestan al adiós. Son portadoras, en sus castillos y en sus vientres, de un mundo de esperanzas. Han acudido a ellas hombres de fuerte corazón originarios de diversos países, pero lo español, lo español que ve aun las huellas soberbias de la civilización árabe, predomina. Cuando los bandos que anunciaban la partida a Indias de una armada al mando del adelantado don Pedro de Mendoza, gentilhombre de S. M. Carlos V, nuestro señor, hicieron tañer su misterio de leyenda y de fábula, los ojos de muchos quedaron absortos, por largos momentos, en visiones lejanas, de imperios, fortuna, mujeres de exótica belleza.

Electivamente, el ánimo del hombre se inclina a creer en lo fácil y maravilloso, en lo acaecido a seres protegidos por la suerte. El mito de la conquista estaba aun en pie: la Española, Nueva España, las pesquerías de perlas, la tierra de los Incas. Sus tesoros eran realidad. Allá en Sevilla, los que forma-

ban parte del rescate del inca Atahualpa, atraían en círculos concéntricos. Los relatos trágicos de fracasos y muertes, contados por los vencidos en su amargo retorno, eran eclipsados por las irradiaciones del oro. Las funestas expediciones de Ojeda y Nicuesa, páginas de horror en la historia de la conquista, no surtieron efecto.

Tan grande afluencia de postulantes a expedicionarios hubo, que de quinientos hombres como en su capitulación se comprometía don Pedro a llevar en su primer viaje, el número se elevó al triple. Fué menester pertrechar nuevos barcos. Hidalgos y caballeros, guerreros y clérigos, aventureros todos, acudieron a la cita. Cada expedicionario o expedicionaria, pues varias abnegadas mujeres realizaban la travesía junto a sus hombres, pagaba su pasaje en moneda contante, amén de las vituallas necesarias. Hubo quienes no dejaron de recordar, en los trances crueles del viaje, que a cualquier provincia los habrían llevado de balde, y por ir hacia esa pagaban diez y hasta veinte ducados.

Entre los argonautas ocupó un lugar Francisco de Villalta, natural de Murcia, descendiente de una vieja familia. Originaria de Aragón, cuentan los historiadores que el principal ascendiente de esa casa fué Sancho Vialta, cuyos servicios prestados al yerno de Pelayo, el rey Alfonso el Católico (reinó de 735 a 757), en sus guerras de reconquista contra los árabes, le valieron hombres y el agradecimiento real. Pedro de Villalta siguió la vida azarosa de Jaime el Conquistador, rey de Aragón (S. XIII), a cuyo rescate ayudó. Le acompañó en la conquista de las islas Baleares y las de Valencia y Murcia. La sangre belicosa de los Villalta tuvo una nueva floración en don Gerónimo, almirante de la escuadra aragonesa que junto con la ciciliana luchó contra los musulmanes a principios del siglo XIX. Venció a los turcos en tres batallas, pero su carrera se vió rota por la muerte, que le encontró en Andrinópolis en abril de 1303, a los 37 años de edad. Sus descendiente se radicaron en Murcia y también en Andalucía.

En el "Nobiliario de los Reinos y Señoríos de España",

de Francisco Piferrer, se lee en el espacio dedicado a los Villalta: "Este apellido es oriundo de Aragón, y tuvo su casa solariega cerca del castillo de Monzón, donde se colocaron los trofeos y armas que ilustran su nobleza".

"Las armas de que hacen ostentación como blasón de su antigua hidalguía son: Escudo partido; el 1º de gules y un castillo de oro, de cuyas almenas sale un brazo armado con una espada; el 2º de oro y un ciprés con un creciente al pie del tronco".

El expedicionario a Indias no descendía de esta familia por línea masculina, sino que, como ocurría entonces en numerosos casos, llevaba el apellido de uno de sus abuelos, en este caso de su abuela materna. Su padre se llama Rui Diez Cascales, de los Cascales de Murcia, de quienes tenemos datos en los "Discursos Históricos de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Murcia, 1775, de Francisco Cascales. Allí se habla del origen portugués de estos señores, emigrados a Murcia a fines del siglo XIX, siendo sus armas: escudo de azur y nueve cabezas de adormideras de oro. En cuanto a los Rui Diez, sabemos que es una buena familia emparentada con los Mendoza y los Guzmán de Murcia, descendientes éstos de Santo Domingo.

En Sevilla, en la "Relación de la gente que va en el armada que el governador don pedro de mendoça hace para la provincia del río de la plata", aparece el siguiente asiento: "francisco de Villalta, hijo de Rui diez Caxcales e de Elvira Ruiz de Villalta, natural de Murcia paso en la dicha armada. Juraron Antonio calderon e diego de padilla vecinos de granada que le conocen e que no es de los proybidos".



Vivió Villalta las horas de la brillante expedición; fué testigo de la ejecución arbitraria de Osorio, el maestre de campo, sacrificado por causa de la enfermedad del señor adelantado, caído en un proceso de inferioridad. Quizá aquella tarde

en el cielo de Río, pájaros agoreros marcaron signos contrarios al destino de la empresa.

Aun con el drama en las pupilas, don Pedro de Mendoza llega a San Gabriel, y más tarde desembarca en la margen derecha del Río de Solís, donde asentó, el 3 de febrero de 1536, un pueblo con la advocación de Nuestra Señora del Buen Aire, protectora de los navegantes.

Años después escribió Villalta la "Carta" que ha destacado su nombre. En ella describió con exactitud y matices de vida, emotivamente, la conquista del Río de la Plata. Allí donde el bávaro Ulrich Schmidl, cuyo valioso aporte al estudio de la epopeya no se discute, se equivoca de fechas y nombres, Villalta pone el dato seguro. Su documento ha cooperado a rescatar para lo español parte de la gloria historiográfica en lo que a nuestra prístina historia se refiere, ya que aquella de las armas, del coraje e idealismo, ha quedado sellada para admiración de los hombres.



El espectral silencio del hambre, en esa desolada ribera, que aumenta la indómita fiereza de los naturales nómades que la frecuentan, inicia los días del martirio, que ha dejado un resabio, un eco amargo en la existencia de nuestra ciudad.

La fecha de partida de la expedición y su llegada así como las primeras graves dificultades surgidas de inmediato, quedan indicadas por Villalta con lacónica expresión:

"Partió Don Pedro de Mendoza Gobernador desta Provincia por el año 35 i llegó á la Isla de San Gabriel entrante año de 536. Llegado a la Isla que arriba digo el Gobernador mandó poblar el pueblo de Vuenos Aires ques de la otra vanda del Rio que dicen el Paraña, esta tierra se llama Cabo Blanco es tierra despoblada porque en más de 60 leguas no ai Indios que sean amigos si no son unos que se lla-

man en otras Indias Caribes (*) éstos comen carne Humana son enemigos de Cristianos i lo han sido todos de la parte.

“Despues de haber poblado el Gobernador el pueblo de Buenos Aires con 1800 hombres (†) que traía en armada mandó se diese de racion 6 onzas de Viscocho á la gente con las quales i con Carlos que de los campos traían se sustentaban i pasaban, como la Ración que les daban fuese tan poca y los trabajos Centinelas y Guardias y malos tratamientos juntamente con el Inbierno que sobre benia comenzó la gente á la flaqueza i morir”.

El objeto del adelantado no era el de permanecer a la entrada del río, ya que su gobernación tendría su centro más arriba del paralelo 25º, allá donde se encontrasen las minas ricas en metal, pues hasta aquella altura ni Gaboto ni García de Moguer encontraron ninguna clase de riquezas, a no ser en boca de los naturales, que hablaban del norte. Nuestra Señora del Buen Aire, con su abrigado puerto, estaba indicada como una de las fortalezas que Mendoza debía construir según el deseo real e imperial, y luego, hacia el imperio desconocido, el misterio del anchuroso río sería violado. Pero la enfermedad del adelantado, el hambre, la necesidad de construir bergantines, obligó a los argonautas a levantar sus casuchas, rodearlas de un muro defensivo de barro, mientras la excursión infructuosa al Delta, una segunda también desastrosa, y de las que tanto se esperaba, sumía a los conquistadores famélicos en la desesperación; les hacía creer encontrarse en medio de un pantano en el que con cada nuevo esfuerzo más se hundían.

El combate, de triste recuerdo, de Corpus Christi, y las causas que lo determinaron, merecen ser extraídas de la relación que nos ocupa :

(*) Se refiere a los guaraníes antropófagos, habitantes de las islas del Delta.

(†) Cronistas e historiadores han dado diversas cifras: Schmidl, 2500; el jesuita Antonio Rodríguez, 1.800; Fernández de Oviedo, 2.000; Groussac, 1.200; Enrique de Gandía, virtuoso en el tema, afirma que en la armada de Mendoza, compuesta en un principio de 13 navíos, aumentada en las Canarias a 16 y disminuida a su llegada al Río de la Plata a 14, venían más de 1.500 hombres.

“Visto por el Gobernador la necesidad que la Gente padecía, aunque no por istenso por estar malo en cama, mandó á Don Diego de Mendoza su hermano fuese á vuscar Indios para que truxesen Bastimento y probision el qual topo con cierta Gente que se llaman Quirandres, los quales es Gente que handa á noche i meson (*), ia algunos dellos abian dado vista al pueblo i entrado en él i como estos sean Gente mobida ibase i aloxabase de los confines del Pueblo.

“Topados con ellos Don Diego de Mendoza ovo cierta diferencia entre los Cristianos y los Quirandies sobre los hacer volber en tal manera que obieron de venir á las manos y como los Cristianos estubiesen flacos, i los Indios fuesen pláticos en su tierra, dieronse tan buena maña que mataron a Don Diego de Mendoza i á Pedro de Venabides su sobrino i á otros bien Quantos, y los demás fueron huyendo aunque heran de Acaballo, i sino fuera por la infanteria que atrás benia que los socorrió, todos quedaran en el Campo por ser como heran los Indios tan ligeros y tan diestros en atar los caballos con bolas que traian”.

La terrorífica visión del centauro español no produjo en nuestra llanura su acostumbrado efecto frente a los naturales. Cuenta Bernal Díaz del Castillo la salvadora presencia de jinetes en la batalla de Tabasco: “Aquí creyeron los indios que el caballo y el caballero era todo un cuerpo, como jamás habían visto caballos hasta entonces”.

Oigamos a Villalta describir la expedición a las islas y la segunda, por el río, al mando de Juan de Ayolas, fundador del fuerte de Corpus Christi el 15 de junio de 1536, el día en que los indios infligían dolorosas pérdidas al mermado ejército de don Pedro.

“Buelta la Gente desta Ida á buscar estos Indios que he dicho mandó el Gobernador a un Caballero deudo suyo fuese con ciertos Nabios á descubrir ciertas Islas en las quales le habian dado noticia avia Indios, en esta Armada fui io, idos i partidos los Nabios i Gente el camino fué tan largo de causa de andar buscando las Islas de Rio en Rio, i la comida tan poca, que no se nos daba más de 3 honzas de Visocho, de cuiu causa murió la tercia parte de la Gente que

(*) Los últimos estudios han dado razón a Villalta, pues se ha probado no ser los querandies los habitantes sedentarios de esta zona.

en los Nabios iba que serían hasta 200 hombres todos los que en los Nabios iban, por eua necesidad nos fué forzado dar buelta i sino fuera por unas Rosas de indios que allamos, las cuales ia estaban cojidas i algunos allaban algun maiz i con él se sustentaban, antes que llegamos al Pueblo de Vuenos Aires todos acabamos, digo los soldados, porque los Capitanes i allegados á ellos estos nunca pasaron necesidad.

“Llegados al pueblo los Bergantines i poca Gente que beniamos hallamos que era tanta la necesidad i hambre que pasaban que hera espanto pues unos tenian a su Compañero muerto 3 i 4 dias i tomaban la ración por poderse pasar la vida con ella, otros de berse tan Ambrientos les aconteció comer carne humana, i así se bido que hasta 2 ombres que hicieron justicia se comieron de la cintura para abaxo.

“Vista la necesidad que tenían y la Gente que habiamos venido de causa que todos no se acabasen mandó el Gobernador á Juan de Aiolas con 3 nabios fuese á buscar Indios á Santispiritus, ó de las Islas, con los quales llebó 90 Cristianos en cada uno.

“En este camino fué tanta la necesidad que pasamos por no llevar mas de una Pipa de Harina en cada Nabio que certifico a V. S. que murieron casi 100 hombres de pura hambre, por que no les daban sino 6 onzas de Viscochos y algunos cardos iervas que algunos de los campos traian.

“En este camino se pasaron eesivos trabajos y hambres por ser como hera en la mitad del Inbierno i ir la Gente flaca bogando i toando por el Rio sin tener otro refresco más del que he dicho á V. S. i algunas Culebras, lagartos, Ratonos y otras Sabandijas que á dicha por los campos se topaban”.

Acuden a nuestro espíritu imágenes delirantes de otras aventuras de la gran aventura conquistadora: Magallanes, descubierta el estrecho, viaja durante meses hacia la Especiería. Sus hombres carecían de alimentos; se comieron el cuero que recubría el palo mayor, aserrín: “y las ratas eran bocado tan exquisito que las pagábamos a medio ducado la pieza”...

“Con estos trabajos y afanes — continúa Villalta — llegamos a una laguna en la qual allamos y salieron con Nosotros en canoas unos Indios los quales se llaman Timbús en este camino estabamos y tardamos 50 dias... Llegados los Indios a nosotros estaba la Gente tan flaca y tan debilitada que apenas se podía tener en los pies, por lo qual fué mandado que todos estobiesen en sus Ranchos asentados con

sus Armas en las manos i los alcabuceros las mechas encendidas, porque los Indios no biesen la necesidad y flaqueza de la Gente, los quales traxeron algun Pescado i Maiz con lo cual comenzó la pobre Gente alegrarse, i así fuimos á sus casas aunque con arto trabajo, porque certifico á V. S. que hera tanto y tanta flaqueza tenian que apenas la gente se podia valer ni llegar del Rio á sus casas aunque estaban mui cerca de la Plaia.

“Llegados á las casas de los Timbúes y Carcarás que juntos estaban Juan de Aiolas, que por general avia ido, hizo con los Indios que le diesen la mitad de una casa que tenian en la cual cupieron todos porque estabamos tales que en poco espacio podiamos mui bien caber, puestos allí Timbúes y Carcarás nos proveian no tan solamente á nosotros pero proveieron á Juan de Aiolas de mucha comida con la qual descendió al pueblo de Vuenos Aires por Don Pedro de Mendoza que halla abia quedado”.

Sigue la relación con creciente interés. Nos llegan, desde cuatro siglos, las visiones que penetraron en la afiebrada mente de aquel conquistador, cuya fortaleza moral y física le hizo sobrellevar privaciones tan crueles.

Partido Ayolas, sus capitanes fortifican el asiento de Corpus Christi, situado a pocos kilómetros del lugar donde ardieron las ruinas de Sancti Spiritus, fundado por Gaboto en 1527 y destruido por los indios dos años después. A los pocos días ocurrió algo insospechado: un español surgió de entre la maleza, era Gerónimo Romero, sobreviviente de la armada de Gaboto.

Los relatos maravillosos de Romero, que tenían como principal motivo las riquezas fantásticas de allende llanuras y montañas, excitó la voluntad de conquista y de hallar fortuna de los recién llegados, su audacia. Era forzoso, sin embargo, cumplir el plazo de cuarenta días fijado por el capitán Ayolas, después del cual quedaban los conquistadores facultados para emprender cualquier expedición. Retornemos a la “Carta” de Villalta, que el espacio no nos permite reproducir en su extensión.

“Con esta relación y noticia que teniamos de la tierra adentro fué determinado, visto que el termino que Juan de Aiolas agrandado hera pasado dias abia y estaba algo conbalecida la gente, de entrar

en demanda de la noticia i tierra tan fértil como por noticia de Geronimo se tenia i abia dado.

“Puesto casi en camino llevo Don Pedro de Mendoza con azás trabajos y hambres que en el viaje avia tenido, que fueron tantos que certifíco a V. S. que echo á la mar en termino de 60 leguas más de 200 hombres los quales todos abian muerto de pura hambre.

“Llegado Don Pedro y gente fue forzado Remedialla en tal manera que fue forzoso no tan solamente pescar los Indios para nuestra sustentación pero aun Cristianos y todo porque con todo apenas nos podiamos balar y visto que los Cristianos tomavan ia el modo i vivir de la tierra, por los Capitanes acordaron de aconsejar á Don Pedro hiciese otro pueblo más abajo do estaba este, que podrá haver 4 leguas más abajo, en una tierra caba i empantanada que certifíco a V. S. i de Mosquitos i de Mosquitos apenas dexaban reposar á nadie dexaban.

“Como el pueblo (Buena Esperanza, setiembre de 1536) estubiese lejos del asiento de los Indios i los Indios aian sido y fuesen mal domados y peregosos muchas veces no traian la proibicion pa la gente que hera necesario de cuia causa se pasaba aquella sazón tanto trabajo que vino á dar de dos á dos dias un pescado que hapenas podia tener una libra el qual estaba tan molido que quando se pensaba que teniamos algo se nos habia tornado todo en agua.

“Puestos en estos trabajos y necesidades los Capitanes, que conformes nunca estaban, determinaron de difirir en la entrada porque unos querían ir á descubrir por dó Geronimo Romero abia dicho i otros á descubrir este Rio del Paraguay dó al presente estamos.

“Puesto en esta confusión Don Pedro de Mendoza que todavia su enfermedad le fatigaba determino de desandarse al Pueblo de Vuenos Aires para irse en España llebando consigo los Enfermos y gente más flaca que en el Pueblo de Buena Esperanza estaba, dejando alli mando al thesorero Albarado porque antes quel partiese Juan de Aiolas, que su lugar theniente que era, se havia partido antes con tres Nabios é ciento e setenta hombres en ellos en demanda de su Rio del Para Guay”.

Luego de explicar las causas que motivaron el desamparo de Buena Esperanza, narra nuestro cronista el viaje de Ayolas al encuentro de su destino, iniciado el 14 de octubre de 1536 hacia las sierras de la plata. Mamuel A. Lafone Quevedo escribe en su traducción del: “Viaje al Río de la Plata” de Ulrich Schmidl, refiriéndose a la carta documento de Villalta: “Has-

ta aquí puede llamarse único por lo que respecta a la última expedición de Ayolas". (4).

"El viaje i camino que Juan de Aiolas llebó certifico á V. S. que se pasaron muchas necesidades porque el camino fué largo i sin guia teniendo poca comida de causa que la tierra por do pasaban hera poco poblada i los Indios huian en ver gente nueva i que nunca habian visto, i de causa de ser como sartheadores i sus nabios mui pequeños i libianos i los nuestros grandes i pesados no nos podiamos ansi proberder dellos.

"Con estos trabajos i algunos malos tiempos que tubieron por que á esta seizon heran tan abominables i malos los tiempos que en esta tierra hæcia que visiblemente parecia que en los aires hablaban los Demonios, i con estos trabajos subieron hasta casi el Para Guavdo perdió un nabio de los tres que llebaba con un temporal el qual fué tan recio que hapenas pudieron escapar los demas nabios, sino fuera Dios serbido que tomaron un Río ó laguna do los dos se repararon hasta otro dia que abonanció el tiempo i recogio la gente del nabio que se le perdió.

"Perdido el nabio i recojida la gente en los otros como he dicho á V. S. no podian navegar seguros de causa que se temian la gente maritima de las turbunadas y furacanes que avia i visto esto por Juan de Aiolas hechó la gente de la Carabela perdida en una Isla hasta poder tomar tierra firme la qual allo á una jornada.

"Hallada la tierra i llegado á ella dejo la gente de su Nabio en tierra firme i dió buelta á tomar la otra que en la Isla havia quedado, i dió buelta á dó la demas estaba en tierra firme i puestos todos juntos se determinó que unos fuesen por tierra i otros á por el Río en el qual viaje segun me certificaron algunos que en él se hallaron fue tal i tan trabajoso i peligroso qual nunca hombres pasaron, i así llegaron hasta la boca del Paraguai que podria haber camino de 30 á 40 leguas.

"Llegados á la boca del Paraguay fué menester atrabesar el Río á la banda del Sol Poniente i allí dejaron parte de la gente como ia á V. S. he recontado i dieron buelta por la demás para la traer de la otra do estaba.

"Juntos toda la gente fueron caminando como he dicho unos por tierra pasando muchas lagunas i cienagas en cantidad i los del rio

(4) Los trozos que reproducimos han sido transcritos de la "Carta" de Villalta, que aparece íntegramente en el apéndice del libro mencionado.

atoando i Remando en tal manera que heran los trabajos que se pasaban insoportables, por que la necesidad i falta de comida los apretava en tal manera que casi apenas me parece que si mucho se tardaran de topar Indios ninguno de todos los que fueron en el dicho viaje podian escapar.

“Llegado á los Indios que se dicen Cinameaeas los cuales viben de Pesqueria les dieron en cantidad pescado con que se probeieron todos los que con Juan de Aiolas iban i ansi mesmo obieron destos Indios algunas Canoas en las cuales llevaron la Gente que por tierra benia de causa de no caber en los Bergatines i así fueron caminando con hartos trabajos hasta que llegaron á esta Tierra do al presente estamos, ques tierra de los Indios Caribes (carios) que en otras Indias se llaman Caribes.

“Estos Indios Caribes salieron á los Cristianos de paz y les dieron mucha comida de maiz o batatas y algunas abas por sus Rescates por ques gente labradora i acostumbran á labrar i criar i desto viba esta gente.

“Con esta comida questos Indios dieron á Juan de Aiolas i á los que con el Iban caminaron por este Rio arriba hasta los Paiajuaes, ques camino de 100 leguas, los cuales los recibieron de paz i hicieron algun buen tratamiento.

“Llegados á estos Indios i tierra determinó Juan de Aiolas de entrar la tierra adentro en demanda i descubrimiento de la noticia de meñal que se tenía con hasta ciento i treinta eristianos i algunos Indios Paiajuaes quel Principal dellos le Dio.

“Llegado Juan de Aiolas dejó mandando al Capitan Domingo Martinez de Irala en los Bergantines i con 30 hombres mandó que de allí no se partiese i le esperase sino fuese que los Indios amigos que le dejaba se le lebantasen i le dexasen de probeer i que en tal caso pudiese descender á los Indios Caribes á probeerse de bastimento i luego tornarse á lo esperar do lo dexó, por quel abia de acudir allí”.

Dejamos al infortunado Ayolas en el misterio que rodeó su desaparición. Consiguió llegar, a pesar de las trabas conocidas del hambre, las distancias y los naturales hostiles, hasta los contrafuertes del desmoronado imperio Inca, de donde traía muestras de oro y plata, pero al no hallarse en el puerto de la Candelaria los bergantines dejados al mando de Irala, los indios payaguas lo mataron a palos, así como a sus acompañantes españoles y la mayor parte de los indígenas. Más adelante Villalta nos referirá la forma en que se supo esta nueva desgracia.

Es de lamentar que Villalta no tuviese la idea de relatar más ampliamente las peripecias de la conquista y primera colonización de la que fué actor. Habríamos gustado tanto oírle describir sus compañeros, detallar los ambientes, las costumbres de los gentiles, la vida en aquella Asunción, llamada el “Paraiso de Mahoma”, en que los españoles poseían abundantes harenes. No nos ha sido posible, hasta hoy, dar con las anteriores misivas a que alude el cronista en el primer párrafo de la carta conocida: “Por otras que V. S. é escrito é dado cuenta de lo sucedido hasta la data dellas. . .” Quizá se hayan perdido para siempre, arrastrando hacia el olvido absoluto quien sabe cuántos datos y emociones. Poseía condiciones como para haber ocupado aquí, un lugar parecido al de Bernal Díaz en México, autor de bellas narraciones sobre aquella conquista. Pero en una carta no cabían esas cosas. Demuestra, sin embargo, calidades innatas de cronista, y al amoldarse al objeto que daba a su escrito, el esfuerzo de síntesis es admirable. Escribe con lenguaje llano y en verdad no necesitaba acudir a ninguna exposición retórica, puesto que el tema llevaba en sí intensa vida.

Su literatura, comparándola con la de sus compañeros, tiene cierto vuelo, como en este párrafo que se refiere al viaje de Ayolas:

“Porque á esta sazón heran abominables i malos los tiempos que en esta tierra hacia que visiblemente parecia que en los aires hablaban los Demonios”.

Presenciamos ahora la obra de Juan de Salazar, fundador de la Asunción el 15 de agosto de 1537. Según Villalta, para la construcción de la casa fuerte los cristianos traían los palos a cuestras.

“Entrado Juan de Aiolas la tierra adentro i Don Pedro de Mendoza a llegado al puerto de Vuenos Aires visto que la venida de Juan de Aiolas se tardaba determinó de inbiar en su seguimiento al Capitan Juan de Salazar despachó con 2 Nabios é 60 ó 80 hombres en ellos los quales con mui grandes trabajos llegaron al Puerto do abia quedado

el Capitan Vergara (*) con los Nabios i Gente que Juan de Aiolas le había dexado, é Don Pedro partió 1537 para esa probincia dejando mando en el Puerto de Vuenos Aires á Francisco Ruiz Galan el qual mandó i mandaba ansi el dicho Puerto como en la gente questaba en Buena Esperanza do io á la sazón estaba.

“Llegado el Capitán Salazar como tengo recontado é dicho arriba é junto con el Capitan Vergara de quien supo i se informo de la entrada de Juan de Aiolas i bista é sabida su entrada determinaron de entrar en su seguimiento estando á pique para hacer su biaje queriendose aprovechar de los Indios que Juan de Aiolas abia quedado en el Capitan Vergara por amigos allaron que estaban de no buen propósito de serbir á los Cristianos é lebantados cansi mesmo, aquella sazón estaban las aguas mui llenas é desta causa se deixo de hacer la jornada é su gozo que tenían concertado he obieron de se descender á esta tierra de los Indios Carios que en otras tierras llaman Caribes.

“Llegados a esta tierra determinaron de hacer una casa fuerte do todos se metieran e luego determinaron de buscar comida entre los Indios los cuales no la querian dar sino hera por puro Rescate ni hacer ninguna cosa de serbicio á los Cristianos de cuja causa con mui gran trabajo á necesidad traiedo los palos acuestas los Cristianos hacian la casa que dicho tengo”.

Con la noticia dada por Salazar a Ruiz Galán en Buenos Aires, del país de los carios, tomó éste la determinación de ir hasta él. Al prolongarse la ausencia de Ayolas, Irala y Ruiz Galán comenzaron a inquietarse y disputarse el mando supremo en la conquista. De viaje al norte, Ruiz Galán se hizo prestar juramento de obediencia por la guarnición de Corpus Christi el 28 de diciembre de 1537. Algunos hombres lo acompañaron hacia la Asunción, entre ellos el decidido e infatigable Villalta.

Sin resolver nada sobre lo que al mando se refería, descien- de Ruiz Galán hacia Buenos Aires. Transcribimos el asedio y desamparo de Corpus Christi, vividos por el cronista.

“Llegados á los Timbúes i hecho al asiento e Pueblo por algunas cosas que le mobieron á Francisco Ruiz contra los Indios ó naturales mando matasen á cierta cantidad dellos i ansi los cercaron secreta-

(*) Así llamaban también a Irala.

mente estando en sus casas é mataron que mucha cantidad de Indios: muertos estos Indios Fran^{co}. Ruiz se descendió al Puerto de Vuenos Aires dexando 100 hombres en el Pueblo i palizada questaba en los Timbúes.

“Bisto por los Timbúes los pocos Cristianos que alli quedamos doliendose de la gente que les habian muerto i queriendo bengar la muerte de sus Parientes determinaron de hacer gran junta de gente e pidiendo socorro al que alli mandaba para contra otros Indios contrarios no recelándose de los que les podían venir les dio 50 hombres á los quales como salieron al campo mataron é muertos vinieron con mui gran alarido á querernos acabar i asi estuvimos algunos dias cercados defendiendonos é peleando con ellos en la cual Refriega murieron de nuestra banda el Capitán (Antonio de Mendoza) é irrieron a todos los más i dellos murieron muchos i muchos eridos.

“Desta manera que tengo contado estabamos quando llegaron 2 Bergantines quel Capitan Francisco Ruiz del Puerto de Vuenos Aires enbiaba á ver a la gente que habia dejado en los Timbúes, llegados é bisto el desman que habia sucedido nos obimos de embarcar en los Nabios, do como llegamos allamos un Nabio que habia arribado al puerto de Vuenos Aires”.

Con el arribo de la “Marañona”, en que venía de España el veedor Alonso de Cabrera, comienza un período de inquietudes: “é de á pocos dias que obo entrado llegó Alonso Cabrera Veedor de Su Magestad el qual luego como llegó comensó á tener pasiones i Rebueltas con Francisco Ruiz...”

Cabrera y Galán llegan a la Asunción; Villalta los acompaña. El veedor da razón a los títulos de Irala y lo encumbra al poder. Veremos también la expedición del nuevo jefe en busca de Ayolas, y sus frutos.

“Derrocado Francisco Ruiz é puesto en el mando el Capitan Vergara determinó de hacer entrada i hizola por más abaxo de do Juan de Aiolas entro en la qual entrada se hallaron tantas aguas y Pantanos que de ber quan crecidos estaban y no se poder la tierra ba-dear porque apenas se hallaba tierra enxuta para dormir ni hacer Candela obieron de dar buelta i nos bolbimos tardando en el camino 27 dias la cual buelta fue de causa de la tierra estar enpantana-da i de la poca comida que teniamos; llegados al Rio fue acordado que pasasemos de la otra banda y llegados á la tierra se oieron voces i vieron venir nadando una persona la qual fue socorrida i puesta ante

el Capitan Vergara comenzó de hablar en nuestra lengua ciertas cosas por las queles dio á entender como hera de la tierra adentro i habia venido con Juan de Aiolas al tiempo que de su tierra vino i que los Paiaguás lo habian muerto por no hallar los Bergantines do mandó estubiesen.

“Con estas nuebas i enformación nos descendimos 20 leguas mas abajo do hallamos un Indio interprete i lengua de los Paiaguás, el qual preguntó é ablo á 4 indios Paiaguás que traíamos presos los quales obimos tomado al tiempo que subimos por este Rio, apretados los Paiaguás de la lengua i puesto delante el indio Chané confesaron la muerte de Juan de Aiolas i Cristianos que con el abian venido, que serian hasta 120 hombres y la causa de su muerte fue no hallar nabios en el Puerto”.

Nos detendremos un momento en el desafortunado gobierno de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, segundo adelantado del Río de la Plata, que arribó a la Asunción en 1542, después de realizar un extraordinario viaje por tierra desde la costa del Brasil.

“Llegado que llegó el Gobernador Cabeza de Vaca fue recebido, como Su Magestad lo mandaba i los conquistadores que en esta tierra estaban los albergaron en sus casas y dieron de comer i los fueron á Recebir i traer á esta Ciudad cierta gente quel Gobernador abia enviado en 2 balsas el Paraná abaxo i sino fueran socorridos ningunc biniera.

“Y luego de á pocos dias que lleo embió á descubrir este Rio 3 Bergantines i 200 hombres de los unos y de los otros i fueron asta el Pueblo de los Reies i de alli dieron buelta con la Relacion que se halló.

“Bueltos los Nabios i gente determinó de hacer entrada i quasi la hizo llevando 300 hombres i 20 caballos i indios amigos en harça cantidad i partió desta Ciudad de la Asunción el dia de Nuestra Señora de Setiembre del año 43 i llegado al Puerto de los Reies entró la tierra adentro para Calalla y descubrilla i dé á pocos dias que obo caminando obo de dar buelta de causa de la poca comida que abia sacado del Puerto i hallar la Tierra despoblada.

“Bueltos otra vez al Puerto determinó de embiar á descubrir más adelante i ansi fueron hasta una Nación que se dizen los Xaries é de alli truxeron comida i mui gran noticia de la Tierra adentro.

“En este medio tiempo questa gente abia ido á descubrir, adolecio el Gobernador é mucha parte de la gente i visto su Enfermedad da-

do caso que aunque malo queria ir á los Xaries se obo de bolber á esta Ciudad de causa de un Requerimiento que los Oficiales de Su Magestad le hicieron.

“Llegado á esta Ciudad que fué por en fin de Quaresma del año 544 á pocos dias de que obo llegado estando malo en su cama los Oficiales de Su Magestad le prendieron segun ia V. S. tenia mui entera noticia de todo esto.

“Preso el Gobernador determinaron de le embiar á Su Magestad como lo llebaron ansi á el como al Capitan Salazar su teniente que por haber estado en estas partes ante Su Magestad á V. S. no me alargaré en quanto á esto á decir más.

“Idos de la tierra como dicho tengo sucedieron muchas pasiones entre los Oficiales de Su Magestad i el que aora manda (Irala) las quales queriendo ser V. S. abisado é informado lo podrá saber de Pedro Vergara i Diego Rodríguez i de otros que alla ban i de Diego Tellez dEscobar”.

Describe luego, en sabrosos claroscuros, las pendencias que se sucedían en la Asunción, pues la vida en aquella ciudad era agitada, llena de “turbulencias”, como decían sus habitantes.

Aparece Villalta como testigo en la información de Abreu, el enemigo de Irala, así como en la elección de éste para el cargo de teniente de Gobernador del Río de la Plata, realizada en San Fernando en 1544.

En 1556, el 22 de junio, escribió en la Asunción la famosa carta. Ya es hombre de edad, fatigado por tantas penurias que el espejismo de estas Indias escondía. Está quejoso de los “agrabios a los Conquistadores Biejos que en esta tierra fueron los primeros que entraron”; del nepotismo de Irala; de la forma arbitraria con que se realizan los repartimientos de indios, del trato que se da a éstos.

Aparece en 1558 en la elección del Capitán Ortiz de Vergara. Se le considera padre del mestizo Pedro de Villalta, uno de los siete cabecillas de la revolución de 1580, el primer grito de emancipación en nuestra tierra. La traición condujo al Villalta americano a la horca, en la plaza de Santiago del Estero. Su cuerpo fué despedazado, pero su gesto tuvo profundos y lejanos ecos.

La importancia de la carta de Villalta, estriba en lo siguiente: el historiador Antonio de Herrera, designado por el rey Felipe II, Cronista Mayor de Indias, publicó en 1601 su "Historia General de las Indias Occidentales", cuatro décadas que comprenden los sucesos ocurridos hasta el año 1531; y en 1615, las cuatro restantes, aprobadas por S. M. En la Década V, Libro IX, Capítulo X y Libro X, Capítulo XV, que se refieren a la expedición de don Pedro de Mendoza, Herrera copia la carta de Villalta, textualmente, en partes, sin mencionarlo. Y mientras Herrera es llamado el "Príncipe de los Historiadores de América", el aporte, aunque modesto, de Villalta, salió por casualidad del anonimato en 1903, publicado en el libro, agotado, de Lafone Quevedo en el que traduce la obra de Schmidl.

En esta traducción como en la de Edmundo Wernicke, 1928, se acude repetidas veces al testimonio de Villalta.

Grandes historiadores argentinos han aprovechado los preciosos datos que ofrece esta carta, en primer término Enrique de Gandía, que la cita en más de quince de sus importantes obras. Ricardo Levene, José Torre Revello, Angel S. Caballero Martín, Manuel M. Cervera, M. Fernández Reyna, anotan haber estudiado a Villalta, uno de los primeros cronistas de nuestra historia.

J. G. BLANCO VILLALTA

